

cuando no indignos; hablar de un segundo Bolívar, o de una independencia complementaria, cuando sólo sea cuestión, por ejemplo, de pagarle a un tráfuga su traición, eso es mera y simplemente pretender eternizar a un mismo tiempo la profanación y el ridículo. En la historia no se obtiene entrada triunfal sino como se la obtenía en Roma conquistadora, esto es, entre trofeos inmortales. Y esos trofeos, en la civilización moderna, tienen que ser, para un nuevo Colón, mundos descubiertos, para un nuevo Bolívar, pueblos emancipados, para un nuevo Cristo, humanidades redimidas.

Mas si no hay ni puede haber todos los días o para todos los hombres, Américas qué descubrir o qué emancipar, sí hay para los ciudadanos de cada país, variedad de caminos qué seguir y de obras qué ejecutar. El camino que Conto escogió fué recto y brillante; la obra que ejecutó fué digna y patriótica.

En la marcha social y política, llena en lo ordinario de contrariedades y obstáculos, que siguen los pueblos recién independizados, no hay nadie, no hay nada que de antemano señale los puestos. Cada uno toma el suyo, según sus fuerzas. Fué, pues, por virtud de las suyas propias como Conto ocupó los primeros puestos en las primeras filas.

Conto fué alternativamente publicista y legislador, profesor y soldado, magistrado y hombre de letras. La espada y la pluma, el bastón y la toga, son, en las civilizaciones seculares, profesiones que se eligen. En las democracias nuevas, por el contrario, todas esas cosas son necesidades que se imponen.

Varón consular, en el sentido clásico del término, Conto tuvo todas las serenidades y dió muestra oportuna de todas las energías. Aplicó la fuerza del derecho, en las salas de justicia, con la misma impasibilidad con que aplicó el derecho de la fuerza en los campos de batalla. Administrador del tesoro público, su probidad tuvo la rigidez de la ley. La modestia de su hogar y la humildad de su sepultura son pruebas de su integridad como hombre privado; integridad que estuvo siempre en armonía con los principios y las prácticas del sistema político de que él era alto representante. Tribuno popular, no hubo facción ni clamor que lo intimidase. Orador parlamentario, no hubo razón que no tuviera en cuenta, ni sofisma que lo tomara desprevenido. Escritor correcto sin nimiedad, su argumentación era sólida y su estilo sencillo. Jamás vendió su pluma. Pudo alguna vez no tener razón, pero siempre tuvo dignidad. Poeta popular, en sus versos hay siempre espontaneidad y dulzura. Sus obras de filología llenan perfectamente su objeto. Todo esto, sin aires de magisterio en las letras, sin ceño de autoridad en política, sino jovial y galante con todos, atento con el adversario, respetuoso con el convencido.

Por sobre estas aptitudes de naturaleza y de educación, Conto tuvo carácter, que es la cualidad constituyente del hombre superior. Donde no hay carácter no hay hombre, sean cuales fueren las ventajas que se posean. Faltando carácter, los talentos y aun las virtudes se reducen a fuerzas sin unidad, que se contradicen y esterilizan. La continuidad en las opiniones y la congruencia de los actos, durante toda la vida, son condición y revelación de sinceridad en las unas y en los otros, y hacen sagrados — queremos decir respetables — hasta los mismos errores. Conto nació y murió bajo una misma bandera. Jamás tuvo que devorar la amargura de la justa desconfianza con que se trata al «pasado» en su nuevo campamento. La conciencia de la traición no lo obligó jamás a bajar los ojos delante de los traicionados, ni los ojos y la cabeza delante de los pagadores de la traición.

Conto fué, pues, en suma, un gallardo servidor de la causa liberal. Su vida política fué un noble ejemplo. Su memoria personal es una reliquia sagrada. Obligado a

expatriarse por los mismos que, habiendo abusado siempre de la prensa, como opositoristas, no pudieron, como gobierno, tolerar el uso decente que de ella hacía Conto, él tiene pleno derecho a los honores del proscrito y a la consagración del mártir por la libertad y por la patria.

No creemos que su ambición fuera más allá; ni más allá van tampoco las exigencias de sus compatriotas y amigos.

Por lo demás, ningún país tiene necesidad de hombres extraordinarios sino en circunstancias extraordinarias también. De lo que sí tienen suprema necesidad todos los países, en todas las situaciones, es de hombres probos, abnegados y consecuentes, para formar los cuales en Colombia, la conducta de Conto es un excelente modelo. En este sentido hay mayor y mejor enseñanza patriótica en el culto nacional de los buenos servidores públicos que en la universal apoteosis de los héroes y los genios.

Ahora, más que nunca, necesitamos de la enseñanza, no tanto por las persecuciones de los odios, cuanto por los peligros del contagio. La grande epidemia oficial es la corrupción, y la grande epidemia privada es el egoísmo. De ambas es preciso salvar a todo trance a la juventud. Con ésta se salvarán los principios y se salvará la república. Desde las playas, pues, de lo desconocido, por la solidaridad del respeto que nunca acaba y del amor que nunca muere, Conto vuelve a nosotros y se asocia a nosotros en nuestra labor por la Patria y por la Libertad. Preconicemos su ejemplo, bendigamos su memoria, y aguardemos a la primera hora de libertad para traer sus cenizas a la tierra que lo vió nacer y que él honró con su vida y con su muerte.

SANTIAGO PÉREZ

Junio 30 de 1892.

(*El Espectador*, Bogotá).

Testamento político

ESTOY sufriendo de una enfermedad mortal. La tierra, madre generosa, me recibirá dentro de poco en su seno fecundo como en el seno de Hécuba. Todos los que se preparan a morir hacen su testamento para el reparto de sus bienes. Yo no los tengo: soy muy pobre. He vivido hasta aquí con un sueldo exiguo ganado honrosamente en cambio de la enseñanza que doy, que puedo dar a la inteligente juventud guatemalteca. No obstante, también testo, y nombro executor de mi voluntad a la juventud liberal de Colombia.

Voy a morir lejos de los míos, a quienes tanto quiero, y fuera de la patria a quien tanto he servido y por quien tanto me he sacrificado. Fuera del amigo doctor Velasco, que tan generoso ha sido conmigo y bajo cuyo techo he encontrado los cuidados de una amistad sincera, no habrá otra mano cariñosa que cierre mis párpados a la muerte, no habrá otra alma buena que recoja mis últimos votos en favor de la libertad, porque estoy pensando: moriré desterrado. La pompa y el esplendor de mis valles caucanos; el murmurio de la fuente de la amada tierra; la simpatía de los amigos; la ternura de la familia, están lejos. Apenas si llegan a mí, en esta hora postrera, como notas de músicas lejanas, semejantes a los cantos que Isaías oyó entonar en el cielo, el columpio de las flores de mis risueñas praderas y el ruido crugiente de seda que se estruja, del crecer de la yerba en las feraces campiñas donde jugué cuando niño. Todo está lejos. En revuelto torbellino, como las caballerías perseguidas, pasan ante mis ojos el pasado de Colombia, glorioso y grande, y el porvenir excelso, revelado por el amor a mi mente de patriota...

El año de 1849 en figura de coloso escoltado por López, y López acompañado como de un ejército de nuevos girondinos de la legión civil apellidada de los *Caballeros de la democracia*. Ellos eran los niños de la república; los zapadores de la democracia; los sacerdotes cuasi imberbes del ideal; los precursores del 63; los fu-